

REFLEXIÓN SOBRE LA LITERATURA JOVEN DEL ECUADOR

Xavier Oquendo Troncoso

Comienzo este texto reafirmando algunas categorías de apreciación sobre la literatura en nuestro país. Para abordar este complejo tema, debemos tener en cuenta el hecho de que nunca podremos saber el destino de los escritores jóvenes. El escritor joven viene a ser un proyecto de escritor. Es decir, su destino no está condenado a la trascendencia. Son contados los casos de escritores, que teniendo menos de 40 años, hayan logrado trascender en su objetivo de cambiar al mundo con su literatura de desenfado y novedad.

De cualquier forma, debo decir que soy y siempre he sido un ferviente creyente de la juventud, de su oficio con el lenguaje, de su nueva creencia, de su empuje frente a la literatura. Pero también debo afirmar que en nuestro país no ha existido un joven escritor que esté cercano a la trascendencia internacional. Es decir a la universalidad de su discurso. Por lo tanto, el tema de esta reflexión es un tanto ambiguo para nuestro país. Qué podemos hablar de la literatura joven, si ella, apenas se está alistando a salir o a naufragar en el olvido.

Pese a ello, creo fiel y firmemente en el escritor ecuatoriano. La historia nos permite creer en voces legítimas y perdurables en nuestra literatura. Hemos sido atados a estigmas que han hecho que nuestros escritores verdaderos se sumerjan en un olvido subterráneo, en una contradicción. Vivimos con el enemigo en casa. De aquí no hemos salido, porque aquí nos prohíben los horizontes más amplios.

Este texto se referirá a la poesía joven: primer síntoma del proyecto de escritor es borrar poesía, pese a que los escritores jóvenes más contundentes de nuestro medio ya han practicado el relato en serio y hasta la novela.

Creo en la literatura andina. En esta parte del mundo la literatura aún se encuentra fresca. Aún tiene mucho que decir. El idioma sigue creciendo por estos lares. La literatura sigue teniendo realidades ocultas que enseñar a otros

lectores sedientos de nuevas sensibilidades. Creo, también, en la forma con que se mira nuestra realidad. Nuestra espaciosa realidad que no se enfrenta a los nuevos mundos. Por eso, no hay que desconfiar del escritor ecuatoriano. Dar cabida al escritor joven es dar luz a nuevas esperanzas de movilidad. Porque siempre detrás de un escritor joven hay un escritor que podría moverse con el nuevo rumbo de las letras.

Creo también en que ya no se debe mirar solo para adentro. Siempre el escritor ecuatoriano ha pensado, para escribir, en el lector ecuatoriano. En sus amigos, en sus límites con frontera. En sus aspiraciones de acuerdo a lo que se da dentro del mundillo del círculo nacional. Ya es hora de ver desde dentro hacia fuera, para alivianar el olvido, y no ser partícipe del anonimato que nos persigue. Y eso que la cosa ha mejorado. En tiempos pasados, el escritor ecuatoriano sufría de un localismo de provincia, un anonimato impuesto, un dolor de vecinos. Esto nos ha hecho quejones, que me importistas, condescendientes. La queja constante en que vivimos nos hace históricamente indefensos frente a las literaturas de consumo. Nos hemos dejado dominar de ese menosprecio intrínseco de considerar al país un Estado en decadencia literaria. Nos quejamos de la poca y mala crítica de nuestro país. Yo, en cambio, creo en la crítica que se hace en este país. Creo también que la crítica necesita espacio especializado (no el periódico y su página cultural, sino un hecho concreto), donde profundizar hechos de nuestra literatura, sin caer en el facilismo de los adjetivos. Somos muy fáciles para apostrofar a nuestros autores y a sus obras. Eso me resulta ya anacrónico, iluso. Una piedra más que tapa el anonimato en que vivimos.

El escritor Raúl Rojas Hidalgo, en un artículo escrito sobre las Jornadas de poesía Joven, señalaba unas estadísticas (si cabe el término dentro de la poética) algo divertidas y sorprendidas, al mismo tiempo, que vale la pena reproducirlas: «El total invitado al *Primer encuentro de poetas jóvenes del Ecuador*, viene a ser, matemáticamente, recién el 0,25 por mil de la población ecuatoriana; cabal reflejo no de la delincuencia poética, sino de la exclusividad de los espíritus. Quiero decir que solo hay un poeta joven, en el país, por cada cuatrocientos mil habitantes. Número suficiente, como verán ustedes, para conmocionar la tierra. (Y aunque no sea el número de congresistas, el número real de los poetas jóvenes del país, esta matemática será siempre insuficiente, por cierto, para lograr que los parenterales críticos los apoyen, los lean o nos los recomienden)».

Lo interesante de este nuevo periodo generacional que nos toca vivir es, sin duda alguna, los nuevos derroteros que nos trae el cabalístico suceso del fin de milenio. El 2000 viene arrastrando, en hilachas de lluvia y de incienso, el destino final del último verso. Los jóvenes del 2000 desvinculan completamente la antigua utopía del desencanto. Somos una juventud más anárquica

(todo ser humano legítimo —entiéndase legítimo como original— es anarquista). Por eso todos los días hay un poeta en potencia, hay uno que vive distinto, y que reivindica todo el sucesivo bosquejo del siglo XX. Dentro de un creador joven vive una constancia en la vanguardia (una individual, y ya no social —afortunadamente ya no somos una generación de «talleres» en serie—).

Dentro de este contexto y estas realidades palpables, sigo considerando que nuestra poesía joven se desarrolla en tres tendencias temáticas:

El erotismo, en primer lugar, especialmente, en las mujeres. Un erotismo reivindicador, especial, con conjetura en lo social. Todo el parangón crítico y cerebral de la poesía joven va encaminado a un desnudamiento carnal e imaginativo (no un desnudar de palabras, sino una intuición y reiteración sensorial). El erotismo como una forma de grito, de libertad, de estar presentes. La mujer poeta siempre ha sido vista como un «dulzor», en medio de la historia literaria. Ahora el erotismo se confronta en la historia y crea, y divaga, y se esparce en la palabra. Desde luego hay que hacer notar que el buen erotismo en nuestro país, se da cuando la referencia temática, en otros países y fronteras, es ya completamente anacrónica como forma total del discurso.

Como segunda tendencia está el «citadinismo» o literatura urbana. Las grandes ciudades y sus paredes, albergando al peatón común que ya no busca el campo, más que en los recuerdos, sabiendo que, como dice José María Cano en una de sus canciones «Se notaba en cualquier caso/ que era aire de ciudad/ que si bien no es el más sano/ lo prefiere el ser humano...», la ciudad es el camino, la verdad y la vida de las generaciones posmodernas. Las ciudades vuelven al ser humano un robot viviente frente al tráfico, los estados de ánimo cambian, enloquecen, transforman a la palabra y le dan un nuevo significado, transformando el contexto bucólico, pueblerino, en un nuevo hito de poesía más agresiva, más ruda, más soez, más fuerte.

La tercera tendencia es la individualización total del poeta. El poeta actual se desenvuelve en un cúmulo de soledad, donde los seres humanos van pensando en uno mismo, desde su propia estructura, desde sus propias sensaciones, desde su propio yo. Es una literatura donde el hombre se confronta consigo mismo, se busca ese mundo que Ortega y Gasset prometía. Es un nuevo hombre, un hombre sin el sentir social, sin el bullanguero grito de lo colectivo. Es el hombre desencantado, pero encantado a través del conocimiento de sus recovecos, de las esperanzas, de los sueños, de la imaginación radiante.

La forma en la poesía también ha dado nuevos giros y nuevas connotaciones. A veces la poesía es lo que es y no lo que dice. Esto no parece sonar mucho en los nuevos poetas, que solo buscan la transtextualidad y los paradigmas de la semántica, pero nos hemos olvidado de la forma. Del contenido y el continente de la forma. En este capítulo se pueden notar algunos incipientes rasgos, frente a nuestra poesía actual.

Hay una forma narrativa de poetizar en esta nueva poesía. Una poética narrativa o prosa poética, pero llena de ambientaciones y personajes (una descripción, que en otros tiempos hubiese sonado a antilírica, por excelencia). La desacralización de la puntuación y de la sintaxis tradicional. El desenfado lingüístico y la informalidad en la silabación. La utilización reiterante de jergas grupales, y coba ambiental. El exterminio de las conjugaciones tradicionales, según la Academia de la Lengua. El lugar común como un instrumento estilístico, donde uno pueda recuperar los significantes de la lengua popular, repleta de «ecuatorianismos», que dan un tono de libertad.

Así mismo, la nueva poesía se ha llenado de historia, de mitos, de leyendas. Ya no hay el grito colectivo, ni la poesía social. Ahora el poema es un texto de diversas lecturas.

Dentro de estos grados concretos, me limitaría a hablar de dos escritores jóvenes de nuestro país, que han logrado significar un peso concreto en nuestro mensaje. Hablo de Marcelo Báez Meza y Leonado Valencia.

Marcelo Báez Meza (Guayaquil, 1969) es el escritor joven más prolífico de esta generación. Tres poemarios (los tres con Premios nacionales). Una novela publicada y premiada. Otra que está llegando. Un libro de cuentos, un libro con Crónicas de cine. Báez maneja el oficio como ningún otro escritor serio (y con solo sus 30 años).

La crítica ha sido favorable con este escritor, considerado ya como una voz firme de nuestro país y de la literatura joven de América Latina. Báez es uno de nuestros escritores más expuestos a la internacionalización. Su literatura rehuye de la subjetividad ramplona de lo localista.

Lo mismo sucede con Leonardo Valencia (Guayaquil, 1969) que vive actualmente en Barcelona, España, y antes hizo residencia en Lima, Perú (se ha puesto a pensar por qué Gangotena, Carrera Andrade, Dávila Andrade, Adoum, etc., tuvieron que salir del país para ser reconocidos afuera). Valencia ha publicado un solo libro, que ya es clave para las literaturas de cuentos en América Latina. Con dos ediciones (una peruana, otra ecuatoriana) de *La luna nómada*, Valencia ha cosechado un cierto éxito a nivel internacional, habiendo sido representante de nuestra literatura en algunos encuentros internacionales de buen nivel.

Estos dos escritores son ya hechos realizados frente a su literatura. Báez prolífico y cuestionador. Valencia obsesionado.

Me atrevo a dar otros nombres que darán que hablar en los años que vienen con el 2000. María Fernanda Espinosa (1964), de Quito; Pedro Gil (1972), de Manta; Cristóbal Zapata (1968), de Cuenca.

Creo que nuestro país aún no conoce a sus grandes poetas, a sus enormes escritores. Creo que no entendemos que César Dávila es un fenómeno de la

poesía en español. Creo que aún no asumimos a Carrera Andrade, a Escudero, a Adoum, a Jara.

Aún es temprano para hablar de nuestra joven literatura, si no hemos conocido bien a los que ya hicieron su obra, y ya nos dejaron en herencia su cuantioso lenguaje.

Sagrario Galán, crítico español, que hizo, recientemente, la primera antología de poesía joven de su país, afirma: «...Recomiendo contra los criterios tradicionales de la conveniencia pedagógica y del artificio de la identidad a los que tan acostumbrados nos tiene la historia de la literatura, alejarse de la ‘insegura sospecha’ orteguiana de generación y también de la búsqueda de un epónimo para estos jóvenes poetas; requisitos más complejos y evolucionados para llamar generación a un grupo de escritores serían aún más inaplicables...». Por lo tanto, nuestra joven poesía sigue buscando campos grandes para la cosecha.